

II. NOTAS

HISTORIA DE TODAS LAS COSAS QUE HAN ACAECIDO EN EL REINO DE CHILE Y DE LOS QUE LO HAN GOBERNADO (1536-1575) DE ALONSO DE GÓNGORA MARMOLEJO

Francisco Aguilera G.

Universidad de Chile

El Comité de Publicaciones de la Universidad de Chile incluyó en la serie "Libros de Chile" la crónica de Góngora y Marmolejo, elegida, entre otras crónicas de la conquista, por la importancia de los contenidos históricos constituidos en el enunciado del relato, por su estilo sobrio y a la vez elegante, por la calidad de la descripción de hombres, lugares y acontecimientos; y especialmente, por la gran calidad de la serie de retratos, desplegados con agudo ingenio, singular energía y profundo análisis de los personajes.

En nuestros días las crónicas están conociendo de una recobrada vitalidad, decaída frente al análisis de documentos concebidos como más segura fuente histórica, gracias al desarrollo de nuevos campos de investigación tales como historia de las mentalidades, antropología social, etc., lo que ha permitido considerar que en su debilidad (subjetivismo de las crónicas) estaba su fuerza (las interpretaciones de los hechos narrados subyacentes en los textos y traídas a cuento por las actuales teorías del discurso histórico-literario).

Es bueno recordar que las crónicas de la conquista indiana proponen, en general, modalidades de narración que van desde una pretendida objetividad rigurosa y el retrato más agudo y fiel (por ejemplo la crónica de Bernal Díaz del Castillo) hasta la picaresca más caricaturizadora de circunstancias, hombres y pasiones humanas, que alcanza alto ejemplo en el Diario de Navegación de Juan de Salazar de Alarcón. La caricatura, en un caso, y el "sobrepujamiento" de los actos heroicos, de valores, motivaciones y circunstancias históricas de la conquista española, en otro caso, proponen un cierto sello de constitución del mundo y una concepción de la vida humana de carácter misional, entendida como la grandeza del *Imperio ad maiorem gloriam Dei*, lo que pone de manifiesto, por contraste, los vicios y debilidades morales de muchos de los que participaron en la conquista, frecuentemente divididos binariamente entre fieles e infieles; y el mundo, entre cielo e infierno.

El volumen que se presenta está constituido por la *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575, compuesta por el Capitán Alonso de Góngora y Marmolejo*, texto configurado en 78 capítulos, con una dedicatoria a don Juan de Ovando, a la

sazón Presidente del Real Consejo de las Indias, con una sucinta descripción geográfica del paisaje, que por la elegancia del estilo y la exactitud de la mirada constituye páginas que realzan el valor del discurso, el que procede de modo analógico: dice Góngora y Marmolejo "Es el Reino de Chile y la Tierra de la Manera de una Vaina de Espada, Angosta y Larga". La cordillera Nevada aparece animada en la descripción como agente que prolonga la geografía y la aúpa (como diría la Mistral), frente al mar del sur, que no deja al territorio expandirse en su anchura. En la retina del narrador, los Alpes resultan el antecedente conocido, pero desvalorizado ante la contemplación de la maravilla.

Luego se despliega la narración propiamente tal, de lo acontecido durante la administración de los seis gobernadores, desde Pedro de Valdivia hasta Melchor Bravo de Saravia, seguida en su orden cronológico natural.

El volumen se enriquece con dos estudios preliminares que aportan datos necesarios para la mejor comprensión del texto y, además, una interpretación del discurso histórico que hace de la operación de leer la obra de Góngora y Marmolejo una actividad intelectual más lúcida que aquella permitida por la bibliografía hasta ahora existente.

El primero de estos estudios, realizado por el profesor Alamiro de Ávila, en páginas de justa y exacta síntesis reconstituye la situación en que apareció esta crónica, explica fundadamente las circunstancias y justificaciones por las que ella fue escrita; fundamenta el "modo jurídico" que adquiere el discurso en muchos de sus pasajes, dado que fue elaborada para ser presentada al Consejo de Indias por su presidente, Juan de Ovando, quien había fallecido cuando esta obra llegó a poder del Consejo.

Trae a la presencia datos sobre la vida del autor, Alonso de Góngora y Marmolejo, su variada fortuna, vinculada con las decisiones y actitudes de cada uno de los seis gobernadores bajo los cuales y a cuyas órdenes le correspondió actuar, hecho que aparece a los ojos del historiador con consecuencia directa en la estructura de su relato. Su vida, a la luz de la crónica, aparece escondida en un tipo de existencia, la del soldado leal a los hombres y a los principios y valores correspondientes a la cristiana conquista de Indias, y que a su vez sufre numerosos infortunios por la arbitrariedad de las decisiones de los malos cristianos que al ejercer la autoridad generan el dolor de otros y la propia desgracia.

Proporciona antecedentes respecto del texto de la crónica: el manuscrito se conservó en la Real Academia de la Historia. Fue editado en 1850, en el Tomo IV del Memorial Histórico Español, en 1960 fue incorporada en la serie Crónicas del Reino de Chile, como el Tomo 131 de la Biblioteca de Autores Españoles, versión que, con algunas modificaciones ortográficas constituye el cuerpo de la edición que comento.

El segundo estudio que contiene este volumen es el realizado por la profesora Lucía Invernizzi Santa Cruz. Este estudio nos provee de antecedentes para una lectura enriquecida del texto, rectifica opiniones sustentadas con anterioridad por Barros Arana, Encina, Esteve Barba, y proporciona explicaciones fundadas desde un sólido análisis del texto, apoyado en la teoría del discurso histórico-literario, de aquellos rasgos ya destacados por éstos y otros autores, pero no asimilados adecuadamente para una mejor inteligencia del texto.

El trabajo de la profesora Invernizzi, en mi opinión, constituye un aporte definitivo para la comprensión de la estructura del discurso histórico en la obra de

Góngora y Marmolejo. La lúcida distinción hecha entre enunciado y enunciación como procesos correspondientes pero a su vez portadores cada uno de ellos de datos que suponen un diagnóstico del tipo de conciencia portadora del mundo que se relata, por una parte, y de los rasgos que organizan ese mundo más allá de los elementos documentalmente objetivos, por otra, hacen posible una percepción más justa del texto.

Seguiremos este excelente trabajo de la profesora Invernizzi en la presentación de *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575 de Alonso de Góngora y Marmolejo*.

La obra presenta una situación de lectura en la que el lector real se constituye como espectador de

- a) una mente ordenadora que se muestra consciente de su actividad de narrador
- b) asunto → realidad histórica

Situación narrativa:

Casi todos los autores se refieren a esta crónica alabando la ponderación de juicio del autor, su honesta objetividad al consignar los hechos, su voluntad de juzgar rectamente a los hombres y sus acciones; y la demostración que hace de recursos de modestia al evitar hacer gala de pedantesca referencia a la cultura clásica o de exagerar las circunstancias, describiendo por ejemplo las batallas como contiendas entre millares de héroes de ciclópeas fuerzas.

Los rasgos anteriores permiten instaurar a Góngora y Marmolejo como testigo de la historia narrada y no tanto como personaje de ella, lo que habría dado un valor documental mayor a la crónica. Sin embargo, la adecuada observación del nivel del enunciado nos permite corregir esta última impresión sobre la base de las frecuentes referencias que el autor hace a su actividad en cuanto historiador o escritor de aquello de lo cual le ha correspondido ser testigo. G. y M., establece desde el comienzo de su relato el criterio de veracidad que lo guiará en su tarea, y este es el de lo "visto y lo vivido", muy propio de la preceptiva de la época. Se muestra además como una persona provista de complejidad psicológica ya que frecuentemente incorpora expresiones como "elegí ésto para relatar" o "me pareció digno de consignar aquí" y, por otra parte, emite juicios de valor permanentemente vinculados a una clara función moral respecto de personas y circunstancias, todo lo cual da a este autor que narra una personalidad marcada y lo hace muy distinto a ser un mero lente o a una sola voz impersonal que refiere los hechos. Lo anterior, como ajustadamente comprueba Lucía Invernizzi, relativiza la supuesta objetividad pero al mismo tiempo establece una situación de lectura mucho más rica y adecuada como fuente histórica, esto es porque el lector se encuentra ante un contenido histórico por una parte y ante una conciencia estructuradora personalmente configurada, lo que permite al lector complementar ambas realidades: a través del espectáculo de un hombre y su mundo. Las escasas oportunidades en que aparece como sujeto del enunciado, es decir personaje en la narración, sirven para corroborar la motivación que lo ha llevado a ver de una determinada manera el mundo; estas raras veces que aparece como personaje están marcadas por el sesgo de haber sido injustamente tratado, especialmente en el último capítulo de la crónica en que aparece como uno más de aquellos ofendidos en su dignidad personal, desprovistos de su hacienda y privados de haber alcanzado dignidades y cargos que de sobra

merecieron, todo ello por las arbitrarias decisiones de Bravo de Saravia y sus consejeros.

Este narrador selecciona los hechos que relata en conformidad con una particular motivación y alta idea de la fama y de la virtud, que deben ser consignadas para la posteridad como valores más altos; en ojos de Góngora y Marmolejo los hechos valerosos de hombre de virtud deberían ser inscritos para perpetua memoria en todas las circunstancias en que las obras prueban la virtud y no sólo en circunstancias especiales exaltadas, como aquellas de actos heroicos que constituyen el asunto del poema de Ercilla y de otros textos de la época. Aparece así su crónica como la otra parte del discurso épico y no sólo como el registro de los hechos de los grandes hombres; y atribuye simultáneamente al acto de escribir esos hechos virtuosos el ser propio de persona también virtuosa. Dice que “de ello dan pruebas griegos y romanos que no dejan registro sólo de los grandes hechos heroicos sino también de las pequeñas situaciones procurando escribir a todas las cosas que en su tiempo acaecían”. Con este propósito virtuoso se propone “describir los muchos trabajos e infortunios que en este reino de Chile han acaecido *por ser la gente que en él hay tan belicosa*”. Este carácter aciago de los acontecimientos aparece como temple del ánimo del historiador en su selección de los hechos narrados y en el ordenamiento que de ellos hace. Recurre ocasionalmente al “imposible creíble” para mostrar la grandeza y el empeño de aquellos que sin los honores debidos afrontaban las dificultades de la conquista. Lucía Invernizzi cita como ejemplo del llamado “discurso del fracaso” en que se cuestiona el típico discurso de la conquista, desmitificando los signos de la grandeza heroica y reduciendo el verdadero heroísmo no al inmediato éxito de la empresa sino a la voluntad de sobreponerse a la limitación y a la adversidad: dice G. y M., “el Capitán Lorenzo Bernal daba y repartía el agua con orden a todos los que en el fuerte estaban, los caballos eran lástima de ver, que como no comían se enflaquecieron mucho, sustentándose de alguna paja, dándoles con ella juntamente a beber de dos a dos días; mas como luego reconoció que el cerco iba a lo largo, quitó el agua a los caballos, de que se comenzaron a morir muchos; mandábalos desollar, y aprovechándose de alguna carne, lo demás lo enterraba y con los cueros daba el Capitán orden repasase las paredes de los cubos, porque no se cayesen a causa de las aguas que entraban en invierno. Era tanta la hambre que los caballos tenían que muchas veces, y casi de ordinario, los indios tiraban flechas a lo alto, para que al caer dentro en el fuerte hiciesen algún daño, si algunas acertaban a caer entre los caballos, o encima de ellos, arremetían con gran ímpetu tomando la flecha con los dientes, y como si fuera manojo de hierbas se la comían”. Como acertadamente interpreta Lucía Invernizzi, la elección de la figura de los caballos, representantes de la superioridad y el vigor bélico para mostrarlos en tan miserable situación, se constituye en signo del infortunio y desamparo de los hombres de la conquista.

Desde otro punto de vista la selección de hechos hace resaltar las reacciones de los hombres frente a urgencias a que los someten las circunstancias de cada día marcadas por la belicosidad de los indios de una parte, y de la otra, por la presencia ominosa de la naturaleza seductora a la par que agreste. La maraña de las dificultades pone en evidencia otra selva: los hechos y especialmente los *dichos* de los hombres: el “poner bien” o “poner mal” tienen realidad sustancial respecto de la vida personal regida por la honra y la fama; es así que los murmullos y los dichos se constituyen en instrumento de justicia o de injusticia, configurando el orden de las

cosas del mundo ordinario en contraposición con el orden debido de un mundo celestial al cual está llamado el orden temporal. El autor-narrador considera su propia condición de leal súbdito del rey como equivalente a su real condición de cristiano; esta equivalencia se convierte en sus manos en vara para medir aquello “digno de ser contado”.

En el plano de la enunciación se debe distinguir, además, el tipo de organización que el autor da a los hechos seleccionados, ya que del vínculo que de ellos se establezca resultará la posibilidad de obtener determinadas conclusiones. El autor organiza su discurso conforme a una clásica modalidad épica que contempla un exordio-dedicatoria, una proposición de lo que se va a narrar (asunto) la narración propiamente tal (enarratio) y la conclusión del discurso. Constituye la narración, a la manera de modelos seguidos por Góngora y Marmolejo, algunos tipos de gobernador que aparecen como despliegue de una matriz de sentido que consiste en la lucha entre el bien y el mal: deriva de esta matriz una especie de ley de estructura del relato que caracteriza la realidad chilena representada, en que la dimensión moral sobrepaja a la dimensión heroica. La narración se estructura comparando en el orden cronológico natural las figuras de los gobernadores, caracterizadas desde sus vicios y virtudes, bajo el prisma del tipo de gobernador ideal, de tal forma que resultan seis unidades narrativas claramente estructuradas.

La perspectiva que el narrador utiliza pone en evidencia su propia concepción de la historia, de la existencia humana en el tiempo, ya que la Providencia se hace ver en la mala o buena fortuna, el castigo o el premio, el estímulo y la justa retribución que serían las modalidades en que la Divinidad, providente, controla el curso de los hechos: “cuando las cosas están ordenadas por el Divino Juez no se puede ir contra ellas” o “como dicen de ordinario los hombres que con ánimo valeroso se determinan a cosas grandes, cuando son justas Dios les favorece”. Opone el historiador, en la experiencia de los que gobiernan, el efecto de la pasión desordenada que destruye lo que la recta razón construye, observando la inmediata presencia del orden o cosmos celeste que pone en evidencia, platónicamente, la precariedad del orden terrestre. En la página 39 se lee “este fue el fin que tuvo Pedro de Valdivia, hombre valeroso y bien afortunado hasta aquel punto. ¡Grandes secretos de Dios que debe considerar el cristiano! Un hombre como éste, tan obedecido, tan temido, tan señor y respetado, morir una muerte tan cruel a manos de bárbaros. Por donde cada cristiano ha de entender que aquel estado que Dios le da es el mejor; y si no le levanta más es para bien suyo; porque muchas veces vemos procurar los hombres ambiciosos cambios grandes por muchas maneras y rodeos, haciendo ancha la conciencia para alcanzarlos; y es Dios servido que después de habellos alcanzado los vengan a perder con ignominia y gran castigo hecho en sus personas, como a Valdivia le acaeció cuando tomó el oro en el navío y se fue con él al Perú, que fue Dios servido y permitió que por aquel camino que quizo ser señor, por aquél perdiese la vida y estado”.

Agrega el narrador, tal vez con el propósito de retomar su objetividad, lo siguiente: “el cómo murió y de la manera que tengo dicho, yo me informé de un principal y señor del valle de Chile en Santiago, que se llamaba don Alonso y servía a Valdivia de guardarropa”.

Otra de las características que es necesario analizar en un discurso histórico es el grado de conocimiento que el narrador demuestra tener de los hechos seleccionados y organizados por él mismo. Como sujeto de la enunciación, Góngora y Marmo-

lejo se propone la virtuosa tarea de escribir una historia, pero ésta se configura por lo ratificado por el testigo historiador y el juicio moral que llevamos explicado; de lo que se desprende, como Bergson diría, el espectáculo del mundo ofrecido en la pantalla de una mente humana.

Este rasgo caracteriza la galería de retratos de los gobernadores ante los cuales la situación personal de G. y M., actúa como catalizadora: bueno es quien lo trató bien malo es quien lo trató mal.

Desde la perspectiva comentada, con la que el autor del texto construye su discurso, le resultan claras las razones del éxito o fracaso de los gobernadores de este apartado territorio. La secuencia de situaciones en la que estos últimos aparecen como protagonistas están organizadas para mostrar de qué manera los éxitos que la Providencia permite a los esforzados conquistadores pronto se diluyen por los vicios de carácter de quienes los mandan, oscureciendo en la mayoría de los casos las virtudes de esos mismos gobernantes: Pedro de Valdivia, hombre prudente, valeroso y respetado enturbia estas virtudes por una codicia creciente, una actitud de soberbia por los triunfos logrados; y por la falta de respeto a las normas cristianas al ceder a las pasiones en un público amancebamiento. El narrador propone como ejemplar el caso de Valdivia ya que en tanto virtuoso tuvo éxito en los casos y cosas de guerra pero en tanto dominado por sus pasiones, trajo consigo la desgracia propia y de quienes lealmente le seguían, como queda dicho en el párrafo citado anteriormente.

El sesgo marcado de don García Hurtado de Mendoza resulta ser, en la narración, la gran capacidad organizativa, claro don de mando, eficacia para organizar acciones, virtudes todas que caracterizan el éxito de sus empresas en lo militar para frenar el alzamiento araucano. Pero oscurece esa virtud una sobreestimación agudizada de sí mismo y una ira constante que no lograba controlar: el desprecio por los otros no reconociendo en ninguno méritos que igualaran a los propios lo llevó a la utilización de las personas y de sus vidas de manera irresponsable e irritante. El narrador atribuye de modo directo un lenguaje ofensivo de parte de don García hacia los suyos y actos en que hace gala del desprecio que le provocan. No tolera los obstáculos y su altivez no tiene límites, sin embargo distribuye bienes, encomiendas y mercedes con acertado juicio a quienes realmente los merecían. (Entre ellos el propio Góngora y Marmolejo).

Las querellas en las que participó Francisco de Villagra cuando aún era Teniente de Pedro de Valdivia, pusieron en evidencia un rasgo de su carácter que además de su inestabilidad lo llevaron a producir, en tanto gobernador, una sucesión de enemistades entre los propios y de derrotas frente a los belicosos araucanos. La ambición y el deseo de mando tiñen cada uno de sus actos, desde la perspectiva del narrador, a tal grado acarrea las desgracias de los suyos que a pesar de las virtudes de sus leales servidores y experimentados soldados no consigue otra cosa que desastres. Caracteriza G. y M., la situación bajo el ambicioso Villagra como que "no había amigo que favoreciera a otro; y por no dejarse en gloria a quien lo merece ni es justo en toda suerte de virtud, diré lo que acaeció a un soldado llamado Diego Cano, natural de Málaga, y fue que andando Villagra peliando en la cuesta antes que lo desbaratacen los indios, andaba un indio sobresaliente, tan desvergonzado y tan valiente que con su ánimo y determinación mucha causaba en lo suyo acrecentamiento de ánimo por muchas suertes que hacía. Villagra, viéndolo y no lo pudiendo sufrir, llamó a este soldado Diego Cano y le dijo: Sr. Diego Cano, alancéme aquel

indio. Diego Cano le respondió: Sr. Jeneral, Vuesa merced me manda que pierda mi vida entre estos indios, más por la profesión y ábito que he hecho de buen soldado, la aventuraré a perder, pues tan en público vuesa merced me manda; y puestos los ojos en el indio que andaba con una lanza peliando, y animando a los suyos, como lo vido un poco apartado de su escuadrón en un caballo que traía bien arrendado y buen caballo, conforme a su ánimo que era de buen soldado, cerró contra él: el indio se vió embarazado y turbado, quien ni se reportó para pelear ni para retirarse con una demostración de querer huir. Diego Cano llegó a él, que ya se iba recogiendo hacia los suyos que venían en su defensa a paso largo, y dentro en sus amigos que le defendían con muchas lanzas, le dió una lanzada que le atravesó todo el cuerpo con grande parte de la lanza de la otra banda; y salió herido, aunque de las heridas no murió por las buenas armas que llevaba”.

Solamente la oportuna intervención sobrenatural (como la aparición de la Virgen) libra a los conquistadores de males mayores. El propio Villagra atribuye los desastres a impericia de los hombres y jamás reconoce responsabilidad suya, pronunciando juicios injustos y tomando decisiones arbitrarias.

El narrador resalta con especial relieve el actuar violento de Villagra contra hombres prudentes y valerosos como don Rodrigo de Quiroga en quien veía, por ser éste tan virtuoso, una amenaza. Por estas y otras razones dice el narrador que “el gobernador estaba mal quisto en todas las ciudades del rey”.

El retrato de don Rodrigo de Quiroga, sucesor de Pedro de Villagra, aparece como quien representa las más altas virtudes del buen gobernante. Dice de él “es un hombre solícito de buen entendimiento que supo elegir a sus tenientes y a todos aquellos a quienes destacó en servicio conforme a sus méritos demostrados”. “No sólo se contentaba Rodrigo de Quiroga con restaurar lo que Villagra había perdido ... reparando lo que tenía presente y acrecentando sus capitales de lo lejos y tan sin costa del rey que se juntaron en breves días en la ciudad de Osorno ciento y diez hombres, que era por donde se había de entrar hacer las jornadas ... a aquel efecto acudieron de muchas partes soldados para ir en su compañía”. Resalta el narrador la honestidad en grado sumo y gran generosidad de Quiroga, quien se le aparece como “nobilísimo de condición, muy generoso, amigo en extremo grado de pobres, y ansí Dios le ayudaba en lo que hacía: su casa era hospital y mesón de todos los que la querían en sus haciendas y posesiones”.

Opone G. y M., el modo de conducta de ambos personajes para destacar la justicia del fin que tuvieron en su gestión, composición interesante del texto pues permite desde este retrato poner en evidencia las deformidades del carácter de su antecesor.

De Pedro de Villagra, inmediato antecesor de Rodrigo de Quiroga, el narrador sólo dice que los éxitos obtenidos no se deben a la acción de él ni a su presencia sino a la de alguno de sus capitanes y ayudantes, prudentes y valerosos, dotados de un gran respeto por el prójimo, quienes con gran autoridad dirigen a los españoles; sin embargo este Pedro de Villagra procede con deslealtad respecto a estos virtuosos caballeros, tales como Martín Ruiz de Gamboa, Lorenzo Bernal y el propio Rodrigo de Quiroga. Se detiene el narrador para referir la degradación progresiva del gobernador, quien dirige un asalto contra la casa de Quiroga provocando con ello el rechazo general de todos los habitantes. Aparece Villagra como el retrato de la degradación, aparece Rodrigo de Quiroga como el retrato del perfeccionamiento en la virtud.

Tal vez la habilidad notable de G. y M., para disponer los hechos que relata y ordenarlos de acuerdo con una determinada perspectiva queda más plenamente de manifiesto en el retrato que hace del gobernador Melchor Bravo de Saravia, de quien tiene tantas cosas malas que decir que trata de evitar la caracterología directa y prefiere demostrar sus condiciones por las obras que hizo ("por sus obras los conoceréis"). Destaca las circunstancias en que el gobernador asume: "vino el doctor Bravo de Saravia por gobernador del reino presidente de la audiencia y voz de capitán general, acogido con jorgorio y beneplácito generales y precedido por la fama de hombre prudente, juicioso y sobre todo discreto y buen cristiano". Sin embargo, en la descripción que luego hace el narrador del aspecto físico de Bravo de Saravia siembra de inmediato la duda: de frente estrecha, ojos hundidos, mirada huidiza; hombre de edad avanzada que fue recibido con generoso acogimiento de parte de los importantes del reino quienes le ofrecían todos tipos de colaboraciones en dinero y recursos. Pero pronto empieza actuar el gobernador y se demuestra progresivamente como hombre débil, venal. Buscó rodearse de jóvenes inexpertos que mal le aconsejaron a tal punto que "no le interesaba el bien general sino sólo la amistad privada". Con ironía y sarcasmo el narrador se refiere a estos jóvenes asistentes de Bravo de Saravia quienes participaron, más bien, contemplaron muchas batallas sin recibir en ellas ni heridas ni muerte mientras los viejos soldados llevaban la peor parte. Esta situación trajo como consecuencia la disensión entre los más notables de entre los hombres respetables, a tal punto que el propio gobernador aparece mohíno ante las dificultades en que todo se le hacía mal, la experiencia de derrotas vergonzosas como la de Angol, fracasos en los que el narrador carga las tintas, usando de aquel recurso retórico del cual había dicho haber proscrito, esto es el sobrepujamiento. Por este camino representa la figura del gobernador como hombre que huye de los asuntos del gobierno para centrar toda su capacidad en satisfacer su ambición de riquezas, su vanidad y el sentirse puesto en un escenario para ser reverenciado.

El buen gobernador Rodrigo de Quiroga aparece requerido por los súbditos descontentos para que remplazase a la figura esperpéntica de Bravo de Saravia. Cabe recordar que el propio Góngora y Marmolejo aparece como personaje tratado injustamente y despojado de sus legítimos derechos por el fatídico don Melchor.

Concluye Góngora y Marmolejo reafirmando su voluntad de objetividad en el relato y poniendo en evidencia su concepción de la historia: el acontecer humano se gesta y regula desde categorías éticas. Reconoce en la existencia humana, e incluso en el entorno, un permanente conflicto entre el Bien y el Mal que se expresa en las distintas circunstancias de la guerra de Arauco, especialmente como contienda de vicios y virtudes. Sin embargo, por sobre esta contienda aparece la convicción de que un orden supremo regula a su tiempo los desórdenes de la contienda entre el Bien y el Mal. En este discurso histórico el narrador fija su punto de hablada y su interpretación última de los hechos desde el momento de escribir y para que pueda servir de experiencia con el fin de proveer mejor servicio al rey y mayor fidelidad del reino a la voluntad divina, tarea que debería asumir como responsabilidad suprema el real Consejo de Indias y su Presidente don Juan de Ovando. Ha acomodado el estilo del discurso permitiendo que las frases no narrativo-descriptivas constituyan el texto de un excelente discurso judicial, cuya prueba de hechos la constituye la experiencia personal del propio autor.